

REY ANDÚJAR

El germen de lo fatal*

*Todo parece arder, como una fortaleza tomada
a sangre y fuego.
Huele el corazón del paisaje,
el aire huele a pensamientos muertos,
los poetas tienen el seco olor de las estatuas
y todo arde lentamente
como en un ancho cementerio.*

EFRAÍN HUERTA

CUADERNO WAWAWA

Ocuparse de los muertos y de la historia es la misma cosa. Poco tiempo antes de que se conociera la existencia de los hechos que voy a relatar, por el mes de junio digamos, un cambio de voltaje en el sistema central destruyó, al menos parcialmente, el databanco nuclear perteneciente a la Base Naval de la Marina de Guerra en Sans Soucy. Esta es una zona marginal del Gran Santo Domingo, República Dominicana. En este centro militar se encuentra uno de los reactores nucleares mejor conocidos como Galrax y que están diseminados en toda el área del Caribe. Los Galrax más conocidos se encuentran en Arecibo, Puerto Rico; en Guantánamo, Cuba; y en Santo Domingo. Increíblemente, la República Dominicana es la única nación que cuenta con dos Galrax, colocados a una breve distancia. El primero está ubicado en el sótano de lo que se conoce como el Faro a Colón y a pocos metros de allí, se encuentra el ya mencionado reactor de la Marina de Guerra. En este centro nuclear es donde he tenido que trabajar.

* Fragmento de novela homónima cuya publicación tendrá lugar a finales de año por la editorial Elefanta, en México.

El ataque a las Torres Gemelas del 11 de septiembre del 2001 puso en evidencia ciertas deficiencias en cuanto a materia de seguridad en USA. De las miles de teorías conspiratorias que se forjaron a raíz de este evento, una destaca en particular. Al ponerse de manifiesto la cuestión de cómo respondería el Departamento de Estado ante un ataque nuclear, se filtró la información de que durante el período de la Guerra Fría, el gobierno presidido por Richard Nixon dio luz verde a un plan llamado Galrax, que consistía en la colocación de centros atómicos que al presenciar una actividad nuclear hacia los Estados Unidos activarían una barrera gamectoplasmática desde Florida, pasando por Texas hasta California; una suerte de escudo protector contra los efectos radioactivos que pudiese generar un ataque directo o, como he dicho, cualquier actividad nuclear en el Caribe. ¿Cuál es el origen de este proyecto? El suceso conocido como *La crisis de los misiles* entre John F. Kennedy, Fidel Castro, y la Unión Soviética. Cabe destacar que este plan no fue concretado en su totalidad durante el turno de Nixon debido al escándalo del Watergate. La instalación de los Galrax fue retomada años después por la administración de Ronald Reagan, quien ante la debacle soviética y la necesidad de un enemigo potente, promovió vainas alucinantes como su Guerra de las Galaxias. Lo cierto es que esta propuesta galáctica no fue más que un chiste rotundo, una suerte de pantalla para distraer al público general de la instalación de estos Galrax en el Caribe. Así es como hasta hace poco la existencia de los reactores, su naturaleza y operación, era un secreto para la mayoría del pópuli.

En estos Galrax también funcionan centrales de contrainteligencia. Los databancos localizados en cada reactor, contienen cédulas de información conocidas como «Cerebros de Procesamiento Central». Estos CPC contienen la memoria histórica de los eventos más relevantes del área. Cada CPC es una suerte de aleph o hemeroteca de un momento preciso del pasado y en cada fólter se encuentran fechas, fotos, fichas personales, policiales, judiciales, generales, etcétera. El contenido de cada CPC es lo que en los círculos de *scholars* se conoce como *El material fresa*. ¿Por qué es tan importante todo esto? ¿Para qué sirve toda esta información? El acceso al material fresa está reservado al más alto nivel de seguridad. Los datos de los CPC son importantes porque con este material pueden alterarse las narrativas del presente y del futuro. Cuando esta información se inocular en las redes sociales, y los medios en general, afecta directamente la opinión del pópuli.

Así es más fácil manipular a la pendejada.

La noticia de la parcial destrucción del databanco de la Marina de Guerra debido a una fluctuación de voltaje se diseminó rápidamente a través de círculos académicos. La información me sorprendió en Wáshington D.C. Allí estaba becado *full* desde hace un año por la Universidad de Chicago, investigando el secuestro de un coronel de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos en la República Dominicana en 1971. Donald J. Crowley fue secuestrado por un comando del Movimiento Popular Dominicano, un movimiento de izquierdas. Este suceso, increíblemente

poco estudiado, es la piedra angular de los contundentes sucesos que determinarían la vida de la Mediaisla. Mi misión era restaurar un nuevo CPC con todos estos datos a petición del Departamento de Estudios Latinoamericanos de la universidad, que ha instituido esta beca de investigación con fondos patrocinados por la Fundación Pinochet. La beca tiene un nombre digno, académico, pero se le conoce como «Beca Chicago Boys». Gracias a mi mentor, el Dr. Andrae Marak, me enteré de que se buscaban activamente voluntarios para restaurar los archivos en ese Galrax caribeño. Me ofrecí. Esta sería una oportunidad para confirmar ciertos datos sobre mi propia investigación (El caso del secuestro de Crowley) y la agenda secreta que llevo ya desde hace un tiempo... es decir, un proyecto personal: dilucidar la verdadera historia del caso Albán. Mis credenciales y la recomendación del Dr. Marak me convirtieron en el candidato ideal. Además, como hice vida adulta en Dominicana, mis niveles de Tricloxerine son bastante balanceados, así que se me hace relativamente fácil tolerar el clima tóxico del Gran Santo Domingo.

Llegué a esta ciudad una calurosa tarde de finales de julio y de inmediato me dirigí hacia el Galrax para ponerme manos a la obra.

Cuando me entrevisté por primera vez con el jefe del Proyecto de Recuperación del Databanco, el Capitán de Corbeta Sangyang, mi intención era que se me asignaran casos relacionados con intelectuales y artistas que hubiesen sido objeto de procesos en la policía y los juzgados. Pero en vista del estado caótico y vulnerable en que se encontraba el databanco y las sospechas alrededor de la parcial destrucción del mismo, el Capitán se mostró reacio a esta petición. «Sugirió» que olvidara la idea por impracticable. Aquí no estamos para escoger, trabaje con lo primero que tenga a mano, me ordenó.

Sin embargo, días después, a principios de agosto, no sé si por la influencia política de mi padre, Sangyang mismo me mostró todas las instalaciones del Galrax y me asignó un área de investigación que según él podría interesarme. Aquí se estudiaban y restauraban cédulas de información relacionadas con historiadores y escritores. El Capitán me puso en contacto con Ariadna Lora, una especialista de veintisiete años con el rango de Alférez de navío. Su trabajo consistía en el control de calidad y la descarga final de los CPC restaurados. Sangyang me dio total acceso a los documentos, pero fue preciso en que yo no debía restaurar ningún caso perteneciente al 1990 en adelante. Podrías encontrar casos activos, abiertos, o en proceso, y eso contaminaría la data del presente... en vez de restaurar terminaríamos dañando la cosa, dijo el Capitán, sorprendentemente maternal, sobreactuado. De inmediato capté que sinceramente me prevenía no para esconder algo sino para protegerme. Ahí constaté sin necesidad de pruebas que los tentáculos de mi padre llegaban hasta aquí. No dije toda la verdad pero tampoco mentí cuando contesté, como para que se quedara tranquilo y le diera un reporte positivo a mi padre, que podía perder cuidado porque lo de Crowley, que era mi área de investigación, era dos décadas posterior.

El trabajo en el Galrax no era un mero entretenimiento o un capricho intelectual, como aseguraba mi padre. Encontré sí mucha información acerca del secuestro del coronel Crowley y

como suelo hacer siempre, escribí todo en libretas y cuadernos antes de trasladar el material a mi consola Ashihara. Todas las tardes, durante casi cinco meses, crucé el mar Caribe desde mi alojamiento en el Extrarradio para visitar las instalaciones de la M. de G. Supongo que quienes estaban empleados ahí, tanto los técnicos y académicos que se dedicaban a la reconstrucción de la memoria, como los militares y guardiamarinas que los asistían pero que en realidad los vigilaban, me veían como un ser excéntrico o un turista desorientado. Por mi parte, más allá de la información que esperaba obtener en ese laberinto nuclear, el ambiente y la situación en general había comenzado a parecerme una trampa de la ficción. Una especie de novelería o multiverso cuya revelación podría servir de nota al calce en la perpetua *performance* que es nuestro Caribe.

Jueves 14 de agosto. Mañana, en el Galrax-M. de G.

Una de las ventajas de la soledad de este atómico laberinto es que puedo escribir en mis cuadernos con pocas distracciones. La constante pesadilla de quien lee o escribe es que le interrumpen. En ocasiones los archivos a restaurar toman mucho tiempo para cargar, y entre que sube uno y otro, yo traduzco voces, muchas, en mi órbita. Con esto como terapia queda eliminada la tesis de mi padre: Te dices escritor para evadir la vida y justificar tu sinvergüencería. La verdad es que hay que ser pendejo porque, ¿cómo evade alguien la vida?

Antes de entrar de lleno en Crowley me propongo hacer un inventario de las cédulas de información más llamativas o esperpénticas del año 1965. Supongo que esta labor, que tiene algo de nudo gordiano como ha sugerido la alférez Ariadna, podría componer la biografía difusa de un hombre fundamental: el Comandante Aníbal Tiradentes.

El Comandante de Fragata Aníbal Tiradentes empezó muy joven como escribiente en el Destacamento de Villa Duarte, cerquita de aquí, en el Barrio de Calero. Astuto y diligente, se propuso que lo transfirieran a San Carlos y desde allí compró un traslado al Departamento Nacional de Investigaciones. El DNI funciona como un centro tanto de inteligencia como contrainteligencia. Es decir, vigila también otras ramas del mismo estado policial. Tiradentes luego se ubicó en el G2 (investigación/operaciones) de la Marina de Guerra. De esta manera llegó hasta la cúspide de esta organización de ultra espionaje. Fue por un tiempo el gerente de operaciones del Galrax del Faro a Colón, que es donde se encuentra toda la información *madre*. Por ello, mucho de este material fresa lleva su código de autorización.

Todas las restauraciones que ha hecho el Comandante Tiradentes de la Guerra Civil del 1965 son impecables, ciertamente. Llama la atención el uso del lenguaje. Aunque tiene una fuerte impronta castrense, en ocasiones sufre delicadezas que solo pueden venir de alguien con cierto aprecio por el drama y la ficción.

No sería prudente juzgar este manejo de los hechos por parte del Estado, si se toma en cuenta la descripción caótica y caprichosa de una serie de eventos fundamentales en el conflicto

denominado como Guerra Civil del 1965. La historia parece estar puesta al azar, pero no es así. Lo que no mencionamos sobre la historia es tan importante como lo que se muestra (hemos dicho que ocuparse de ella es bregar con los muertos). Pero la manera en que nos cuentan esta historia exhibe formas de índole arbitraria y muchas veces perversa. Todo ello es reflejo de nuestros sistemas gubernamentales y las claques de poder, que han sentado las bases para la violencia generalizada que ha ido incrementando año tras año. Nuestra Mediaisla sobrevive presa de un estado anárquico-feudal en donde los altos mandos, viniendo de una clase social bastante pobre, han tratado de aumentar su patrimonio lastimando a la sociedad. El crimen es doble y alternativo. Es físico y metafórico a un tiempo.

Lunes 18 de agosto. Luego del almuerzo en el Galrax-M. de G.

Almuerzo en el comedor de la Base Naval. Antes de entrar dejamos los pases del Galrax en un pulverizador de tolerancia radioactiva y pasamos a un cuarto en donde nos nivelan con rayos gama y nos miden el Tricloxerine en la sangre. Nos sentamos en el área de los oficiales. La comida es buena, decente, digna, quiero decir. En una bandeja con divisiones nos sirven una de las muchas variaciones de *La Bandera*: arroz blanco, habichuelas rojas, pollo guisado, ensalada y unas torrijas de berenjena. Por razones que conozco muy bien y que carezco de tiempo para exponer, el sazón y la disposición del plato me llevan a un lugar precario de la infancia. Ariadna y yo comemos en silencio observando a los oficiales vestidos de caqui. Anonadado, considero la mar de diferencia que me opone a estos servidores a la patria. Es aquí que pienso en las esquinas de la vida que doblé, las bifurcaciones, las decisiones. De pronto el comedor se llena de un gran olor a chicharrones, se me descontrola todo y no aguanto la náusea. Al parecer mis niveles de Tricloxerine no están tan balanceados como esperaba. Aunque esto en realidad pasa siempre un par de días o semanas después de arribar a la Mediaisla, uno siempre vive con el miedo detrás de la oreja... el miedo de que te midas los niveles y veas que ya no los puedes controlar; comprobar que estás infectado más allá de la masedula. Llego al baño pero no logro vomitar. Me lavo la cara y mejoro. Ariadna espera tras la puerta. Dice que va a fumar. Invitando. Nos colocamos bajo una mata de uva de playa. Aunque algunas de las mujeres a mi alrededor me parezcan más atractivas que Ariadna, ella tiene algo que fascina y lo descubro mientras leo un verso de Efraín Huerta que tiene en un *post-it*: *Haz de trigo dulce*. Dice que quiere tatuárselo.

Me encanta.

Por más que me guste Ariadna no estoy dispuesto a tirarle. No quiero cambiar de sintonía. Debo concentrarme de una vez por todas en un par de cosas que quiero escribir. Publicarlas o no ya está fuera de discusión. No es el final sino la forma lo que me interesa. Quien escribe no hace más que crear coincidencias para que quien lee las encuentre. Son mensajes que voy dejando al lector que seré mañana.

Además ando con el corazón espinado.

Estuve de enamorado con una bella mulata llamada B. Ella decidió aceptar un trabajo en NYU y mudarse con un braguetero cubano de Miami. Fulano Abel, llamaremos al individuo. Mientras ella se va a New York a vivir la vida loca yo me voy a Santo Domingo medio atemorizado, tratando de evitar a mi padre y mirando la ciudad desde el Extrarradio. Sintíendome álgido, incapaz de someter la rabia que a retazos me absorbe. Lo peor es no estar seguro del propio odio. Mi padre. Una montaña, un 6 de enero. Todo acude, todo llega, todo duele. Mi padre. Una finca de tabaco a oscuras. *Brutal Tropicalism*. O el arte de las cosas que van a pudrirse. Desde esta envidia solitaria veo el Caribe. Violencia. Veo el Gran Santo Domingo como antes no se había visto. La poesía dominicana describe de forma recurrente una línea azul que puede ser leída como la esperanza. Ese es el mar. Sueño con una jugarreta mental/teatral en donde un turista alemán entra a una playa en el mismo instante en que una yola zarpa hacia Puerto Rico. *Cuerpos a la mare mía*. Por eso no nos vemos propiamente, porque nuestro pecado original fue siempre mirarnos hacia fuera.

En la noche. Extrarradio.

La Redistribución de las islas y el fracaso posnuclear de los ochentas crearon espacios alternativos como este Extrarradio. Mi padre vive aquí desde que Napoleón Mirabal regresó al poder. También vive aquí mi madrastra, Sera Peñablanca.

Uno aquí siente que está en una suerte de Miami Vice mezclado con Blade Runner. El Extrarradio es un luxhábitat construido por la firma Peñalba & Asociados y diseñado por la reconocida arquitecta Leonela Gardemont. Es básicamente un islote que va desde el Monumento Montesinos hasta el Hotel Hispaniola, o sea, estos son los puntos de referencia que le quedan de frente, ya que como digo, es un islote que flota a unas cien leguas en las afueras y está conectado al Malecón por un puente principal y tres pontones auxiliares, que se abren de cuando en vez para soliviantar el tráfico. Esta isla nena tiene servicios y policía propia. Es una de las nuevas modalidades adquiridas por las claques para no emburujarse con los niveles de pobreza tóxica de la ciudad. Las clases bajas, al obtener una riqueza real, en muchas ocasiones generada por la narcoeconomía, se adueñaron de los lugares *cool* y *chic* del Gran Santo Domingo. Proyectos como el Extrarradio llevan la selectividad a otro nivel. Estábamos protegidos de la chusma y sus niveles alocados de Tricloxerine.

Me quedo aquí porque mi padre hubiese tomado ofensa si me iba a un hotel. Recién hemos reconectado nuestras relaciones después de grandes dramas. Pero de aquella sístole hemos pasado a esta diástole y honestamente no me molestan las comodidades y la suerte de privilegio que significa estar aquí. Me prometo escribir y sacar algo de todo esto. Todo éxito práctico es en cierto modo una pérdida metafórica.

Martes 19 de agosto. Hacia el mediodía, en el Galrax-M. de G.

Por mandato del Capitán Sanyang nos ordenan movernos a otro espacio del Galrax. Un nuevo grupo de peritos-guardiamarinas se ha unido a la restauración del material fresa. Quiero quejarme pero Ariadna me amonesta y la seriedad del Capitán no me da chance. La resignación llega al pensar que todo obra para bien porque a raíz del cambio conozco al supervisor del nuevo grupo de técnicos, Ivanov Aceituno. Me lleva diez años pero su aspecto cansado y la gran cantidad de músculo y grasa que tiene en el cuerpo lo hacen parecer muchísimo mayor. Tiene la mirada muerta, la espalda arqueada y piernas cachombas que terminan en caderas de mujer.

Miércoles 20 de agosto. Noche. Extrarradio.

Parado frente al cristal, tan cerca que juego un poco a respirar hondo y crear una nubecita de condensación. Crear, buscar, respirar, todo en ese maldito, seductor, infinitivo. Abro los ojos, luces pequeñas de la ciudad. Juego a olvidar los nombres de algunas calles, algo que antes me aterraba. Cuando se anda en exilio voluntario todo es chulería y pum, cae la barriga y la memoria pesa. Tan mala es la racha que uno se cae de espaldas y se cuartea la ñema. Entonces un día, estés donde estés, en Portugal o Oaxaca, digamos, te encuentras con una calle que te trae un recuerdo de infancia, aunque nunca estuviste allí... simplemente la asocias con tu barrio, la primera niñez. Sabes que es un truco, pero caes en la trampa y derrotado, intentas recordar el nombre de la calle para llevarte al menos ese regalito, y te das cuenta (pierdes doblemente): olvidaste el nombre de la calle.

Escribir es perder geografías.

Algo me golpea las manos. Es un pensamiento. Una moneda de nostalgia. No. Más que nostalgia es la abrupta sensación desoladora de haber comprobado una certeza. Hace más de veinticinco años que me fui de estas calles. O me fui quedando fuera, como recitaba la mulata B. La calle que no se camina puede olvidarse. Pero, ¿es justo decir que he olvidado? Hay cuerpos que estreché hace siglos que vienen cada mañana, puntuales, o a lo loco en la confusión de algún olor en los veranos del Chicago Northside. El hecho de que no me acuerde exactamente del nombre de la calle, que desconozca los mapas, o que no pueda ubicar ahora a tal o cual muchacha, no quiere decir que me haya olvidado de la geografía.

Imposible olvidar la geografía de tu cuerpo. B.

Por lo demás, día perdido en el Galrax M. de G. Hoy Ariadna se comportó de una manera extraña. No quiso acompañarme a almorzar. Tomé café con Ivanov Aceituno. Tiene un gran interés por la literatura. Dice que después de los cursillos para teniente hizo una licenciatura en Utesa. Sus escritores favoritos son Ágatha Christie, Hilma Contreras y Enrique Pou. Este tipo de coincidencias en mis años de formación me hubiesen volado la cabeza.

Ya no.

No menciono mi escritura pero él lo trae a colación de una manera casual. ¿Cómo explicarlo? Gente que sabe que escribes y te aborda desde un plano natural. Gente que sabe conversar y

que deja que las ideas se encuentren a medida que vamos avanzando. Aceituno confiesa que buscó la manera para que lo trasladaran aquí porque sabía que yo andaba merodeando. Tenía deseos de conocerme, confirma. Al que medianamente le interesa la literatura de aquí sabe quién eres... al menos que viva bajo una piedra, y no te creas, hay muchos así.

Entonces el postulado de las coincidencias de la vida estalla en mil pedazos bajo el sol. Aceituno revira la conversa; informa que ofrecerán un seminario de actualización para el manejo del material fresa y la restauración de los CPC. Asegura que es importante que yo participe. Asiento un poco sorprendido. Para romper el silencio retoma la conversación sobre la escritura; habla del estado de la literatura local. Todo porque sabe que me tiene cogido en el tema y quiere encontrarse conmigo ahí. Aprovecha para resaltar los aciertos y las fallas de una de mis novelas más recientes. Dice que lo que más le gusta es el título, *Los gestos inútiles*. Me pregunta si tiene algo que ver con Bolaño en *Los detectives salvajes*. La quijada se me cae al piso porque, ¿cómo sabe él eso? Salgo de la sorpresa de inmediato. De seguro lo leyó en alguna entrevista, pensé, ya que lo he mencionado par de veces. Le aclaro que sí, que es de Bolaño pero no de *Los detectives* sino de *Amberes*. Siempre me ha gustado más el Bolaño de los textos cortos. Aceituno concuerda. Es tan difícil hablar de Bolaño sin crear una polémica que me siento cómodo de poder explicarle: en *Amberes*, al principio, en la edición de Anagrama, Bolaño explica un poco el trabajo que daba publicar un texto y que escribió esta novelita en terribles condiciones económicas, físicas, morales... en fin. En algún momento hacia el final de ese breve texto de introducción, él habla de las cosas que lo sostuvieron durante ese período y menciona algo sobre los gestos inútiles. Yo, que tenía mi novela engavetada después de varios fracasos y rechazos editoriales, decidí rescribirla y ponerle ese título y enviarla a un concurso en Cuba. Lo grato, el premio en verdad, fue la llamada un día de febrero con la noticia del veredicto. Lo demás es una historia triste.

Aceituno vuelve a resaltar lo que no le gusta de mi novela: el afán paternalista, ese deseo de educar y sobrestimar al lector, la manera en que describo a las mujeres, etcétera. Yo le doy la razón en todo, digo que escribí eso en otro tiempo y en vez de justificar el texto o explicar cómo lo compuse, relato el breve museo al fracaso que fue mi viaje a Cuba a recibir el premio por la novela. Es mi manera de sacarle el cuerpo al yo cínico, al yo negativo, ese otro, mi máscara tóxica y omnipresente. Ivanov Aceituno, certero, cariñoso, cierra la conversación argumentando que esas son sus opiniones, nada más, paja de coco... Escribir es una forma de *sentir* el mundo, dice. Es una espera activa. Una larga sala de espera en donde hay alimañas y belleza y mierda y diamantes. Escribir es como la vida. Hay que saber llevar una cadencia.

O no.

Reviso el teléfono. Tengo una llamada de la mulata B. Pero no devuelvo. Y digo una mala palabra para referirme al cubano Fulano Abel. Antes de correr las cortinas hago brevemente una guía romántica de las luces amarillas de una ciudad que no es mía. Nunca en verdad lo fue. Quizá fue al revés... quizá yo pertencí a la ciudad. No sé si es la tristeza

o la inteligencia, pero el Tricloxerine me sube inmediatamente. Controlo la náusea, vienen las arcadas, pero no vomito. Quiero irme a beber una cerveza a Ciudad Nueva, sentarme en un colmado, aspirar el dulce olor radiactivo del aire, mis pulmones llenos, maldito sea este eterno *jet lag* antillano. Gritar.

Lunes 25 de agosto. Nueve de la mañana. Club de Oficiales. M. de G.

El Dr. Pastor de Moya, facilitador del seminario sobre el material fresco, comienza con una diatriba filosófica y personal. Explica los servicios de contrainteligencia desde su biografía. Durante la célebre pueblada de abril de 1984, se salvó por los pelos de ser hecho preso debido a ciertas actividades sospechosas que llevaba a cabo un primo segundo de Hato Mayor que se estaba quedando en su casa. Lo escucho hablar y conozco la cantaleta muy bien porque lo he vivido en carne viva, ya que mi propio padre tuvo que salir del país en bola de humo durante esos días debido a la represión y el terrorismo de Estado.

Retomo el relato del Dr. De Moya casi en su momento de más impacto porque es cuando dice que el primo y un vecino suyo fueron desaparecidos. Su padre cobró unos favores y consiguió enviarle a México. Allí trabajó durante algún tiempo en publicidad hasta que se le dio la oportunidad de estudiar en la Unam y decidió sacar partido a sus experiencias políticas como exiliado en tierras allende de los mares. Realizó un doctorado en Sociología. Su concentración fue la violencia del poder o el terrorismo de Estado. Escribió una tesis en donde se argumenta que el terror puede ser inoculado en un espacio social. Como material de estudio exploró las amnesias selectivas de algunos vecinos de la plaza de Tlatelolco. De Moya es un hombre esbelto, tiene casi sesenta y cinco años pero parece de cuarenta. Dice que de sus experiencias en la noche mexicana puede hacer tomos autobiográficos. Explica la violencia de Estado como resultado del *check and balance* en el sistema democrático. En ese juego el Estado gana y el pueblo pierde. El Estado puede ser llamado a capítulo, pero el pueblo no. Si no fijen en la gente de la Eta, termina, casi chistando. Escribe en la pizarra los siguientes axiomas: Todo acto de poder puede ser un acto de violencia. La fuerza no tiene que ser física para intimidar.

El exterminio de la no-derecha en la República Dominicana desde 1950 hasta el 2000 tiene tonos sublimes en los que vale la pena detenerse. De Moya termina su alocución hablando de revoluciones fallidas, de depresiones colectivas, de corrupción. Por más que me esfuerzo no puedo definir su tono. ¿Es abiertamente revolucionario? ¿Es una herramienta de la derecha? No se sabe. Me invento entonces un personaje para él: De Moya pertenece al *establishment*, a la intelligentsia, pero le seduce la oposición, lo llama la calle, la resistencia. ¿Y qué sentido tiene el que un hombre así esté hablando en esta institución? Contexto, simple y llanamente. Es la manera de suministrar un contexto de referencia para los que estamos restaurando las cédulas de información, o en cierto sentido, para los que rescribimos la historia.

Martes 26 de agosto. Luego del almuerzo. Club de Oficiales. M. de G.

Garabateo estas notas mientras espero por la alférez Ariadna Lora en el restaurante del Club de Oficiales de la M. de G. Este espacio tiene un lugar en mi adolescencia. Ahora lo siento más pequeño. Estoy frente a la playa de Sans Souci. Desde aquí puede verse la torre más alta del Extrarradio. Mido inútilmente la distancia. Pienso en relatividad. Por ejemplo: para mí el Extrarradio está realmente a quince minutos. Pero para la camarera que me trae la limonada frozen, esos quince minutos no significan nada, porque ella no puede acceder al Extrarradio. Físicamente ambos estamos cerca del islote, y sin embargo, social, económica, política y hasta cultural y toxicológicamente, estamos muy apartados.

Ariadna aparece por fin. La acompaña Aceituno. Me molesto un poco porque había soñado estar solo con ella; constatar si seguía reacia conmigo. Pero viene con el gordo y con una sonrisa de oreja a oreja. Se sientan. Llamen a la camarera distante y piden limonadas también. Ella está hermosa, vestida de blanco, con insignias doradas y un kepis sostenido por un moño como un puño que lleva apretado en la nuca. Aceituno va de drill, ajustado, con un gorro que le ha dejado una marca roja en la frente. Nos saludamos y hablamos de los veranos en Toronto o Chicago. Veranos de intensidad, porque los inviernos son eternos. Llegan las limonadas. ¿Listos para ordenar? Brindamos. Me sabe un poco metálica por la radioactividad que me consume. Nos sorprendemos al ver que hay un locrio de pica pica en el menú. Ensalada verde, rusa y tostones. Toda la mesa ordena lo mismo. Cuando la camarera se va, Aceituno empieza a hablar sobre el seminario del Dr. Pastor de Moya.

La conversación nos lleva por vericuetos, composiciones orales más cerca del chisme que de la metáfora o la realidad histórica. La historia es lo mismo que el cuento. Depende como se lea, quien lo cante, o cómo se mire. Ariadna, por su parte, como sabe que me interesa lo de Crowley, hace un pequeño tratado de la violencia del poder en Santo Domingo: todo el mundo sabe que a Amín Abel lo mataron pero poca gente sabe porqué. He visto revolucionarios de capa y espada, de golpes de tres piedras en el pecho, que no sabrían decirte eso porque para ser revolucionario nada más la camiseta basta pero hay que ser valiente para adentrarse en las historias, sobre todo si son las de nuestra familia, o sea, si son nuestras heridas. Amín Abel muerto, acribillado en frente de su esposa embarazada me parece, y de su hijo. Un tipo joven el Amín Abel. Un tipo como tú o como tu novio, tu amigo o tu hermano, no sé, tú piénsalo. Cuando dice esto me mira precisamente. Es obvio que sabe que me tiene interesado con la historia del secuestro del general norteamericano. Al verme acorralado pues hablo de lo que creo saber: en cierta medida, sí, a Amín Abel lo matan por organizar lo de Crowley. No es solamente que lo matan por eso, no es solamente que lo matan a él, sino que matan a todo el grupo de muchachos de la resistencia. ¿Nos hemos detenido a pensar que desde el Balaguetrón se enviaron a matar miles de jóvenes dominicanos? Aceituno opina que como país, como sociedad, *empeñamos* (por no decir «sacrificamos»)... siempre hay que mantener la cordura) una juventud para instituir una nueva clase media.

La conversación se puso buena y seguimos en eso hasta el postre y el café. Me gustó exponer varios puntos de vista y comprobar que no estoy tan alejado de la base como pensaba. Al final me doy cuenta que fue mucho mejor que Aceituno nos acompañara. Sin la tensión sensual de por medio entre Ariadna y yo, pude darme cuenta de que uno puede disfrutar de la inteligencia de alguien, que no todo está en el cuerpo. El gusto siempre está ahí claro, eso arde, pero la cuestión es sentir las cosas desde otra perspectiva. Bien ahí.

Miércoles 27 de agosto. Extrarradio. Noche

Día perdido. El drama familiar. Inevitable. Mi padre, su esposa. Los esfuerzos de interpretar cada gesto. Evitar los desencuentros. Andamos como los escombros que miden el esfuerzo para no estorbarse. Tratando de convencernos uno al otro de que lo pasado, pasado.

Se interesa por mi investigación, por el curso de las cosas en la Galrax, aunque sé que sus informantes ya de seguro lo tienen al tanto de todo. Sin reparar en ello le digo que no pienso durar más de seis meses en esto. La mirada de mi madrastra se muestra un poco cínica. Ella puede darse ese lujo. Para diciembre estaré fuera de aquí, digo, mirándola y no encuentro nada en su cara.

Jueves 28 de agosto. Coffee Break. Galrax M. de G.

Aceituno y yo nos hemos tomado confianza de inmediato. Me doy cuenta de que ya no me importa la presencia de Ariadna y eso me da un poco de paz. No quiero estar atado a nada. Sobre todo ahora que sé que voy a estar aquí nomás hasta diciembre.

Lo encuentro fumando bajo el mismo uvero. Lee algo de Nelson Malena. Una bella edición de bolsillo de *Un librito kukiká*, con tapa roja y azulejos. Está muerto de risa. Lo interrumpo. Me saluda invitándome a fumar. Le agradezco el cigarrillo pero declino la oferta. Pregunto por el chiste. Sonreído, me señala con el pulgar el título de uno de los cuentos. «Posmórtem: Fábula Wawawa de un fracaso electoral». Alcanzo a leer dos o tres frases pero prefiero que él me haga el cuento. Pienso en las tradiciones orales, en cómo los cuentos pasan de un lugar a otro con una irresistible cualidad robada del chisme y del chiste. Si él me cuenta el cuento, y yo lo leo después, ¿habré leído dos cuentos? Pero no me hace el cuento en sí. En cambio, me da una explicación sociológica de lo que es un Wawawa.

Wawawa es *ser y estar*. Catástrofe, calamidad y el insostenible azar. Lo inesperado, la desdicha, la dicha malversada y reverso de la postal o bien la cara fea del *selfie*. *Wawawa* es durar en una forma. Ser dejado en visto. Ser dueño de la lleca y llevar la máscara que danza y da la bienvenida a los que visitan el paraíso de las islas flotantes. Dembow traducido desde mil códigos rescatados de la ceniza, la sangre, el azúcar, el perico, la jaraca y el maíz. Creemos en

un color que nos viene desde la furia de los machetes brillando en los callejones. Ese sonido salvaje que es a la vez llamado de amor y guerra. No nos olvidamos que esos machetes que cortaron caña también deformaron una juventud de sindicatos y posibilidades. Los machetes fueron cambiados por glocks y eso lo aceptamos. Como sin vergüenza admitimos que somos hijos, hijas de un conflicto y un tráfico que nos engloba. No nos da miedo cantar que nuestro color es el verde chatré, el turquesa y el rosa pastel. Camisas abiertas desde Jamaica hasta New Orleans. Caribe es ser deriva, ser *Pasaje de ida*, ser golfo y continente. *Wawawa* es lo nuevo en el abecedario. Los de meteorología utilizarán nuestros jeroglíficos para nombrar huracanes en las temporadas más bravas. Niños y niñas utilizarán nuestras composiciones para pelear, armar, jugar y enamorarse. Nuestra maldita inocencia tropical nos persuade porque somos *Wawawa*.

Y el arrastre se va a enamorar de nosotros.

Más tarde, a la salida del Galrax M. de G.: Ariadna, bellísima, vestida de caqui, invitándome a cenar mañana en la noche. Me halaga que sea ella la que proponga la cita y de nuevo, en furia adolescente, estalla por los aires todo el discurso de querer estar solo y concentrarme en la escritura. Imagino las cosas que promete su cuerpo bajo el uniforme militar. Me dejo excitar por todo ello. Salgo de ese verde embeleso por una llamada de mi padre para decirme que se va a Miami. Menciona que va solo, que mi madrastra ha decidido quedarse. Nos despedimos con promesas que no vamos a cumplir. De inmediato me veo pensando en la señora Sera Peñablanca. Mientras cruzo el puente hacia el Extrarradio trazo paralelos y me invento una teoría en donde mi madrastra no quiere hablar de mi proyecto de investigación porque el tema principal es un secuestro, y ella fue secuestrada hace unos años por una célula terrorista que tiene su base en Alma Rosa.

Viernes 29 de agosto. Noche. Club de Yates Ozama.

El restaurante está frente al río, al lado del emblemático edificio de Molinos Dominicanos. Esta es una zona irreparable de la nostalgia. Sé que voy tarde pero me dejo estar en la memoria interrumpida, en mi propio fracaso. Sin embargo, la ilusión de verme con una muchacha me empuja con un viento diferente y me dejo llevar. Antes de entrar al restaurante tiro una mirada hacia el río, los lujosos yates confundidos con las pequeñas y medianas embarcaciones, la escuela de canotaje, el lugar donde se levantaba la primera ermita del nuevo mundo, otra vez Los Molinos, con sus silos maravillosos que ya no están. Un poco más allá el lugar donde el Caribe se confunde violentamente con el Ozama en reciprocidad. Quiero creer que así vivo yo, debatiéndome entre el choque de aguas y cinco orillas. ¿Cómo no quiere mi padre que sea un hombre volátil, si crecí tan cerca de este salvaje movimiento?

Nada más llego al restaurante se me desinfla todo. Ariadna no está sola. Está en una mesa del fondo con Aceituno y Pastor de Moya. El salón vacío. Una pareja de meseros aburridos al

fondo. Saco de donde no hay y mal enmascarando el sabor a mierda digo hola y tomo asiento. Aceituno me sirve tinto, un Rioja de apártate. De Moya y Ariadna están tomados de la mano bajo el mantel y yo siento como si me estuviesen haciendo un tacto rectal.

Pero no caigo.

La conversación va de inmediato al plano de lo histórico filosófico. De Moya es un sabio, se lo reconozco. Utiliza ejemplos cercanos a la literatura en general y a la cultura popular en lo singular para encontrarme, ya que si habla de sociología puede perderme, confundirme. Cuando digo que muchos de los supuestos revolucionarios de nuestro país se aclimataron a la buena vida del gobierno, nadie me reprocha nada. Nos hemos quitado las máscaras y estamos aquí. Ellos saben quién es mi padre y entienden que si lo digo es porque conozco ese fracaso desde dentro. Digo un par de disparates e incoherencias más; es un poco la torpeza, la rabia, no hacia Ariadna ni hacia mi padre sino hacia mí mismo. Me siento burlado y es inútil e infantil y me importa. Pienso en la diferencia de edad que hay entre Ariadna y Pastor de Moya y no dejo de pensar en la diferencia de edad entre mi padre y mi madrastra. Es a este tipo de cosas a las que le he huido toda la vida. Nada de vida familiar, nada de paternidad. ¿La literatura es una buena excusa? No sé para otra gente. A mí me basta y me sobra. Llega la comida. También el restaurante ha empezado a llenarse de gente. Dos mesas allá se sientan cuatro hombres. Hay uno que sobresale. Quiero creer que son una banda y que ese es el jefe. Aceituno me trae a la vida de nuestra mesa de nuevo. Cambiamos a vino blanco, un Vermentino di Sardegna helado. El pescado, Dorado a la plancha relleno de miembro de carey. Espectacular. No es lo mismo comer marisco en el Caribe que en el norte así que lo tomo todo como una victoria personal. Ariadna remata un chiste con un verso de Huerta, habla de vino, de Lorca, del sur de España. Cuando dice Lorca me mira. Sabe lo mucho que me apasiona, hemos hablado de ello. Así, con Federico, me enamoré yo de ella. *Yo pronuncio tu nombre en esta noche oscura, cuando vienen los astros a beber en la luna, y tu nombre me sabe más raro que nunca...* Es para el postre (un *cheesecake* con miel de chinola en una cama de semillas de cacahuete; *espresso*; *shot* de Sambuca, otro de Amaretto, brandy) que las cartas se ponen sobre la mesa. Estoy ahí porque ellos quieren proponerme un negocio. Y si antes no caí, es ahora que caigo... pero no un caer de aquí allí, no no no... un caer de cuatro pares de cojones, de coxis o castillos que se derrumban en el aire.

Me escapo de todo ello soñando, con un oído, que los hombres de la mesa que dije antes son unos mafiosos que están ahí para darle kinkín al chef, que es un jefe del hampa o algo así. El oído que me sobra se lo presto a De Moya para que me explique qué es lo que este trío de pelafustanes quiere de mí.

El plan, expuesto mayormente por Pastor, con interjecciones varias, más de Ariadna que de Aceituno, va más o menos así: Yo, Pastor de Moya, Dominicano, Mayor de edad, con autorización para husmear en el Galrax del Faro a Colón, con acceso a todo el material *madre*, doy fe y testimonio de que he substraído cédulas de valor informativo equivalentes a las décadas

del 1980-2020. Este material no es nuevo, circula en el *downstream* una versión del mismo, pero las cédulas aquí presentes son las de averdura. Con esto dicho, pues procedo a proponerte lo siguiente: Nosotros sabemos que, además de lo del secuestro de Crowley, te interesa *La verdadera historia del caso Albán*. También hemos comprobado que tu Ashihara no está registrada en el *downstream* local. Hemos leído conversaciones privadas tuyas en Wasap... aquí todo se sabe flaco. A nosotros no nos importa para nada ese asunto. O sea, sabemos lo que hay con lo de Albán, todo el mundo lo sabe aunque en las redes y en los medios se diga lo contrario. Y como te digo, no nos interesa en lo absoluto, ni queremos saber qué le ves al tema ni por qué te tiene inquieto. Ahora bien, estamos interesados en descifrar los códigos de *El caso Sirena Ayala*. Por ahora, mientras menos sepas, mejor. Has sido tú el escogido para esta misión porque vives en el Extrarradio y porque desde allí con tu Ashihara vas a poder bajar, formatear y restaurar el material. Si procesamos estas cédulas en cualquier consola del Gran Santo Domingo, por más segura que sea, nos rastrean en un titá. Qué digo yo... nanosecs. Así está la cosa. Esa es la que hay. No puedes negarte. Por donde quiera que lo veas es un negocio redondo.

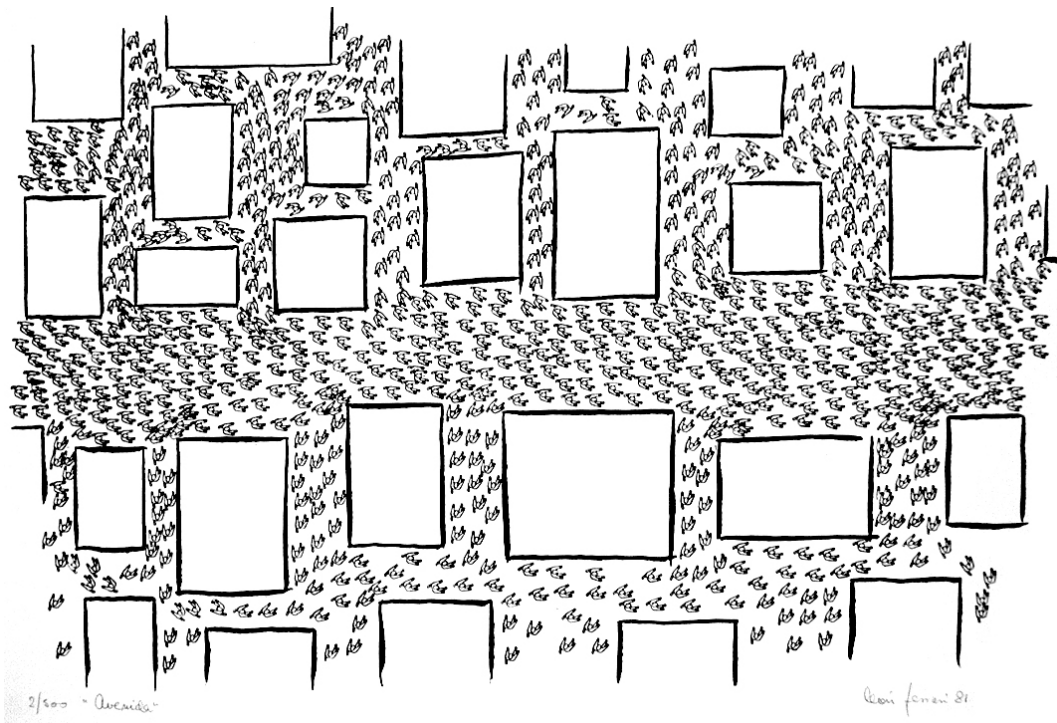
Más tarde, madrugada, ya en el Extrarradio: Doy vueltas sobre mí mismo, un poco borracho, atontado por el brandy y los celos. Me lavo la cara para despejarme un poco. Al salir del baño doy con mi madrastra. Toma una copa de vino y tiene una maleta a sus pies. Me invita a tomar. Son casi las cinco de la mañana pero digo que sí al trago. Brindamos. Ella, un poco irónica, no sé por qué, dice que se va de fin de semana y me desea suerte con la investigación. Le digo, tampoco sé por qué, que me gustaría hacerle algunas preguntas con relación a su propio secuestro, para dar contexto a mi trabajo. Ella se ríe, ahora un poco cínica, toma la maleta de mano y se marcha. No sé qué pasa entre ella y mi padre pero eso tiene el filin de las cosas que se rompen.

Tomo más vino. Miro las cédulas informativas al lado de la Ashihara. He aceptado el reto de los pelafustanes. Me he propuesto aniquilar esto todo el fin de semana. Aprovechar que tengo estos días el apartamento solo para mí. Trabajar toda esta rabia. Hacer un ayuno de tres días para encontrar en la inteligencia del hambre, lo que me niega la satisfacción emocional. Escribir cerrando la quijada *como un lobo moribundo que apretase sus dientes por última vez*. ¿Qué hubiese escrito García Lorca tres días después de fusilado? Teclearé en la Ashihara como furibundo estos tres días y luego llegaré al Galrax como un hombre nuevo, más enfocado que una Canon. Termino mi vaina de Crowley y pal carajo o pa Chicago me voy.

Con las manos enguantadas en la consola siento mis dedos flotar por las teclas relucientes por el uso. De muchacho siempre usé varias consolas pero cuando me decidí a teclear para vivir, me fui por las Ashihara. Es romántico sí, pero puedo decir que a veces siento que las yemas de los dedos bailan al lado del precipicio. Un teclear orgánico, en donde alma, nervio, músculo y neurona se mueven juntos, resistiendo frente a las interrupciones de la vida.

Mientras los archivos tardan en bajar, consumo un poco de droga para empezar desde un estado verde, limpio, y dejarme llevar por el flujo de estos documentos que «frente a mí» van ocupando toda la pantalla desde la consola, creando estructuras de la matrix que aunque no llegan a envolverme, son parte de una belleza que va más allá de la rutina. Las ideas se convierten en una especie de monumento meditativo, como el amor o el resultado de un gran cansancio. Entre las columnas de data aparecen después de mostrarse medio esquivos, ciertos rizomas de *El caso Sirena Ayala*. Sin detenerme ni un punto en ello, bajo todo un tronco desde donde voy a formatear la cédula para sacarla de aquí y que pueda ser evaluada sin posibilidad de rastreo. La Ashihara sigue trabajando fluidamente, en un juego del vaya y el venga. Intuyo sin quererlo que *La verdadera historia del caso Albán* y este caso de Sirena Ayala pueden estar conectados y la matrix responde favorablemente, construyendo una estructura que muestra varios rizomas borrosos del caso Albán. Siento un pequeño sobresalto. Me convengo de que debe ser un *glitch*.

De entre todo el material fresa del caso Albán, elijo primero, como guía romántica, algo de la ficción escrita alrededor del mismo. Dejo para después las noticias y lo que se publicó en las redes. Y es que con Albán prefiero saber primero cómo está la ficción en la realidad. Es así como doy con capítulos de *El germen de lo fatal*, una novela escrita por Megan van Nerissing. **C**



Avenida, 1981. Reprografía, 320 x 450 mm. 2/500.